

Roberto Ibáñez

Jorge Ruffinelli*
Universidad de Stanford

Ibáñez I

Conocí a Roberto Ibáñez el día que entró a enseñar la primera clase de literatura uruguaya, en la vieja Facultad de Humanidades, en el puerto de Montevideo. Era el segundo año en que Ibáñez enseñaba ese curso. Aún dirigía (o había fundado y dirigido) el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, en la Biblioteca Nacional.

Hace más de cuarenta años fui su alumno en literatura uruguaya, y todavía recuerdo lo que nos dijo en aquella primera clase. Nos dictó los aspectos imprescindibles para comprobar la existencia de la literatura “uruguaya”: primero, que fuese una literatura escrita en el país, por autores nacionales; segundo, que hubiese un número de obras escritas en esa condición, pues no bastaban una o dos, o cuatro; en tercer lugar, esa literatura debía ser escrita con voluntad de ser *uruguaya*. Este requisito final tal vez fue el que me impresionó más y me ha perseguido durante décadas en mi propia enseñanza de la literatura. Y es que la condición nacional de una literatura se cifraba en una indefinible *voluntad de ser*. Se trataba de algo más metafísico que físico, más volitivo que cultural. Acostumbrados a las “condiciones objetivas” del marxismo, una tal noción parecía asombrosamente extraña e injustificable. Sin embargo, con el paso de los años, creo que es la más convincente.

Ibáñez II

Roberto Ibáñez era un hombre de aspecto formal, serio, poco dispuesto al humor, y hasta engolado, como algunos decían. No cabía duda de que poseía una alta estima propia. No recuerdo

* Crítico e investigador de literatura y de cine en la Universidad de Stanford desde 1986. Es el responsable de la revista *Nuevo Texto Crítico*. Prepara un libro sobre Fernando Solanas.

verlo vestido sino de traje y corbata. Y zapatos impecablemente lustrados. Él se consideraba (lo había dicho) el mejor poeta de su generación, o de su época. Su poesía era exigente. Su crítica también: buscaba y lograba la precisión de las fechas y conceptos. Cuando, durante una ausencia suya de la Biblioteca Nacional, Emir Rodríguez Monegal revisó sus notas de estudio de Rodó, y publicó las *Obras de Rodó* en Aguilar, Ibáñez lo consideró un saqueo. Nunca se repuso de aquella humillación. Él se sabía el conocedor más profundo de la obra rodoniana, él la había organizado y anotado, y de repente vio su trabajo de años usado por otro crítico como un corte de caminos.

Ibáñez III

La Facultad de Humanidades convocó a algunos nombramientos adheridos a las cátedras de Literatura Uruguaya y Literatura Hispanoamericana. En aquellos años yo también asistía a los cursos de Ángel Rama, y Rama me sugirió que me presentase a una posición de colaborador honorario en su departamento. Sin saberlo, Ibáñez me pidió que me presentase a un puesto más importante, de ayudante de clase, con sueldo. Yo seguía siendo un estudiante y no tenía calificaciones para llegar a una posición tal, pero Ibáñez me aseguró que mi nombramiento dependería de él y era cosa asegurada. Lo que no supo Ibáñez entonces fue que Eneida Sansone también se presentaría, y Eneida era una licenciada en literatura –la primera– de la facultad, y su tesis (y libro) sobre la poesía gauchesca era excelente. Perdí. No hubo siquiera necesidad de que Ibáñez me explicase que la presentación de Eneida había creado una situación inevitable.

Al presentarme como ayudante de Ibáñez, no lo hice como colaborador honorario de Hispanoamericana, y Rama lo resintió. Me acusó de haber temido competir con Álvaro Barros-Lémez. Álvaro y yo éramos estudiantes y amigos. Me alegró que Álvaro fuese nombrado para trabajar con Rama. Siguió a su mentor en el exilio venezolano, y cuando Rama murió en 1983, Álvaro hizo una insuperable bibliografía de la obra de Rama con erudición y afecto.

Así fue como perdí mis posibles ayudantías con Roberto Ibáñez y con Ángel Rama.

Ibáñez IV

A comienzos de 1974 viajé a México. Dos o tres años antes, Rama había asistido a un “congreso de literatura” (así se los llamaba entonces), supo que el recién fundado Centro de Investigaciones Literarias buscaba un investigador “internacional”, y nos sugirió a Mercedes Rein y a mí que nos presentásemos. Mercedes no lo hizo. Yo, recordando mis fracasos en Humanidades, envié mi “aspiración” sin muchas esperanzas, y pronto la olvidé. Dos años más tarde Rama recibió un telegrama preguntando por mí. Me esperaban, pero ya no sabían cómo ponerse en contacto conmigo. En ese momento, comienzos de 1974, yo enseñaba como profesor adjunto de Noé Jitrik en su Cátedra de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Buenos Aires. Vivía entre dos ciudades, cuatro días en Montevideo atendiendo la página literaria de *Marcha* y la editorial Biblioteca de Marcha, tres días en Buenos Aires (gracias a Eduardo Galeano, que me prestó varias veces su apartamento) para dar mi curso sobre contextos literarios.

Marché a México por un año y permanecí trece. ¿Por qué la diferencia? Tiene que ver con la prisión de Juan Carlos Onetti, Rein, Nelson Marra, Carlos Quijano..., la censura del cuento “El guardaespaldas” y la clausura de *Marcha*. Todo ello en 1974. Haber sido jurado literario me costó trece años de ausencia de mi país –un castigo mucho menos terrible que el sufrido por las otras víctimas de la dictadura militar.

En México me relacioné de inmediato con Ulalume González de León. Mis primeros años en Xalapa, Veracruz, me vieron viajar casi cada fin de semana a la ciudad de México, 333 quilómetros múltiples que jamás olvidaré. Y en la ciudad de México, prácticamente cada uno de esos viajes me llevaba a la casa de Ulalume, en la zona sur de la ciudad. Ulalume, escritora, era la hija de Roberto Ibáñez y Sara de Ibáñez. Casada entonces con uno de los más célebres arquitectos de México, Teodoro González de León, Ulalume era una mujer apasionada por la literatura. Y ella misma notable escritora. Mis muchas tarde en su casa transcurrieron oyéndola leer algunos de sus poemas o relatos aún inéditos o que no se publicaron nunca. No menos de tres horas de lectura, después de la cual venía la cena, habitualmente con otros amigos y con Teodoro. Yo amaba aquella casa “de arquitecto”, de amplios ventanales, y vecina a otras casas de artista, como la del pintor José Luis Cuevas. Dos o tres veces me quedé a dormir, en

la habitación de su hija Sofía, cuando ella no estaba. En alguna ocasión cenamos con Octavio Paz, Rufino Tamayo, Salvador Elizondo. Y tantos otros. Sin embargo, mis recuerdos de aquella época quedaron fijos en la temperamental Ulalume.

Un día llegó Roberto.

Ya no era profesor de literatura uruguaya.

Ni investigador en la Biblioteca Nacional.

Roberto, viudo. Sara había muerto ya (en 1971).

La visita de Roberto Ibáñez a México debía de tener múltiples motivos, pero el principal, no dudo, era visitar a su hija. Se notaba el amor entre ellos, aun para una figura que, como la de Ibáñez, no transparentaba de inmediato sus emociones.

Aquel fin de semana me invitaron a sumarme a un grupo pequeño que cenaría en un restaurante.

No recuerdo una sola palabra cruzada con mi profesor. En efecto, hablamos, pero no ha quedado nada en mi memoria.

Lo que permanece en mi memoria es lo que sucedió después de la cena. Alguien, tal vez Ulalume, había previsto que iríamos al boxeo.

Tengo ahora la vaguísima idea de que supe entonces, alguien me dijo, lo leí en alguna parte, que Ibáñez había practicado boxeo en su juventud. Puedo estar totalmente equivocado. La mente también inventa recuerdos. Lo que no inventó mi mente fue el *match* de boxeo y la transformación emocional de mi viejo profesor, que gritaba con pasión vitoreando o animando a alguno de los contendientes.

Recordé mi primera clase de literatura, en la Facultad de Humanidades, cuando vi entrar al salón a un señor circunspecto, muy serio, que nos hablaría de la literatura uruguaya y nos convencería de que ella existía. El hombre del boxeo era otro y era el mismo. También Ulalume animaba a gritos a los boxeadores. Creo que Teodoro callaba.

Después de aquella visita de Roberto Ibáñez a México, nunca más lo vi.

Murió el 28 de agosto de 1978.

Yo ni siquiera había vivido cuatro de los trece años que permanecería en México.

Ulalume falleció el viernes 17 de julio de 2009. Ya no he vuelto a escuchar a ningún escritor o escritora leyéndome su obra inédita.